

## ECOS ROSARISTAS

*A cargo de ALFREDO DELGADO PLAZA*

A un compañero que se va:

Rompa este escrito e ilústrelo de excelente proemio una cálida evocación al claustro de nuestros batallares estudiantiles, el cual repintaremos en la mente magnífico de las cortesánias y fausto que su clausura de cursos procura. Así, el ánimo se templará de grandezas y se abrirá la pluma caminos de distinción.

Respira el Aula Máxima aires de singular severidad cuyo efluvio arropa y señorea todos los hombres y las cosas. Campea por doquiera la gallardía: palpita ella en lo castizo del recinto; luce en la sencillez del decorado; vibra en la grandeza de la hora; colorea y se agita en el juvenil alborozo de los alumnos; hínchase en lo señalado del concurso y se desata y desborda por los labios de un ilustre jurista que, en oración arrebatada, aclama y defiende nuestra civilización en trance.

Asiste y preside tanta solemnidad Monseñor Castro Silva. Subyuga su estampa, realizada ahora por el señorío de los rectores arreos; avasalla su porte hidalgo y proceró; rinden y someten sus calidades mentales que son fuerza, encantamiento y pasmo.

Vivo mantengo el silencio que para su persona y empresas ha requerido siempre de esta Revista nuestro Superior. Mas, en medio al luminoso escenario, difícil quedaría a mi gratitud esquivar sus destellos. Por eso la memoria al bello corazón, al excelso carácter y a la virtud acendrada que rige los destinos del Rosario.

Variadas impresiones me suscita aquella sesión última. Quiero juntarlas en apretada hacina para tributo propio de tu gallarda amistad y homenaje de adiós al solar de cuatro años sin olvido. Deshagámonos, eso sí, por breve instante, del ambiente ostentoso que nos venía ciñendo. Desembarazo hallará la expresión e imposible acomodo el fingimiento. El alma nuestra, provincianota, irrespetuosa y campechana, se presta mejor a licencias de sencillez y desenfado que a fueros de protocolarias elegancias.

Lustros hace ya abandonaste tu remota Intendencia para situarte en Manizales, sede de tus primeros estudios. Mozo timorato, pesado de múltiples deficiencias que tu amado Chocó te legara, entronizaste tu morena persona en las aulas mismas de la Normal de Institutores. Circunspecto y desconfiado te figura



desde entonces y me imagino que los condiscípulos sonreirían complacidos ante la esquivéz aparente de tu trato: abiertos y llanazos ellos, como infanzones de gran ciudad, sospechaban en tu hurañía rasgos precisos de rústica condición. Al aventurar por los escondrijos de tu espíritu hubieran hallado los burlescos una endemoniada malicia y esa tu morbosa suspicacia para juzgar las circunstancias y valorar los hombres.

¿Y viene a qué tan inesperado recuerdo?...

La vida del internado, grávida de saludables enseñanzas y frecuente en dulzuras también, guarda y alienta imperdonables dolencias: empequeñece la generosidad, agosta el compañerismo, mata el estímulo y sepulta el mérito ajeno. El ánimo se adiestra en el prejuicio, brotan espontáneas las malquerencias y, en veces, urde la intriga tramas insospechadas. Fácil es colegir de tamaños achaques incomprensiones e injusticias. No se corrigen ellas con el curso del año que, antes bien, se enconan y recrudecen. Pero en el día de la clausura de tareas, se debilitan y apagan al compás de diplomas y premios que llueven sobre los mejores estudiantes. Surge entonces la primera impresión que me atesora el alma de rectificaciones y enmiendas y abre mi corazón a larguezas infinitas.

No puede mi lealtad desaprovechar estas líneas para fijar en ellas con caracteres eternos el rendimiento debido a dos dilectísimos amigos. Horas de prueba, ratos de zozobra y prolongados minutos de desaliento sufrí yo que esa junta bondadosa suavizó y atemperó siempre. Auxilio en los estudios, favores materiales, tolerancias y hasta absoluciones obtuve allí con dadivosa solicitud. El genio mío, huracanado y palpitante dábale la mano en ímpetus y fierezas con la índole bravucna y osada de Abdón Espinosa. Menudeábanse las disputas, las porfías y los enfados que, a no ser por caritativos miramientos, hubieran puesto mi figura en peligro de destrucción. Augusto, apacible y reflexivo, delicado en maneras y exquisito de espíritu, sufrió él sí y envolvió en su buen juicio las hosquedades de mi trato. A uno y a otro debo por sobre todo el tesoro valioso de su amistad nobilísima. Y ella me conduce adelante en la iniciada tarea de expresar ciertas conmociones del ánimo.

Si es grato, consolador y confortante hallar en las postreras horas de colegio momento solemne para el abrazo debido y esquivado a los sobresalientes compañeros, ¿qué sentimientos habremos entonces con los amigos, los camaradas de todo instante, los hermanos en sucesos y emociones?... Su suerte va prendida a nuestro espíritu y sus gozos y amarguras forman parte

de nuestra misma vida. Dícelo así, en frenética sinceridad, alguien a quien la suerte ha traicionado frecuentemente. El triunfo del amigo lleva al olvido los pesares propios y al desprecio, casi, las malas calificaciones. El lucido diploma del compañero íntimo es un paño de consuelos a nuestras derrotas y los aplausos que le atrae, golpes de incitamiento para nuestra decaída voluntad. Lazos misteriosos nos unen a sus afectos y son sus padres y allegados albergue inmediato de nuestros sentires.

Innúmeros rosaristas retiranse del Colegio con destemplado gesto de indiferencia y desapego. Ni un adiós tributan al marcharse y, en veces, abultadas imprecaciones profieren ellos y parten con rabiosos movimientos en el ánimo. Tiénese aquello a título jactancioso y se parezca el desplante con machunos arreos. ¡Necio creer que así confunde la fortaleza con la desvergonzada insensibilidad! Porque, al fin de cuentas, el Rosario nos merece cariños y su nombre nos suscita emociones intensas, despiértanos agradecimientos y nos canta delicadezas múltiples. Abandonarle implica dejar atrás un bellísimo lapso de nuestra vida.

Quiso la suerte toparme cualquier día, bajo pretextos justísimos, con un gimnasiano perfecto, aguerrido en las lides de la nobleza, franco y decidor como buen descendiente de antioqueña prosapia. Es Guillermo Restrepo. Dijérase, al primer golpe, desabrido el muchacho por lo desgarrado de sus aires y maneras. Y he de confesar para personal complacencia que, amén de otras ventajas, me engolosina su charla. Súrtela de esmerados matices, la sazón de cuerdas apreciaciones y sabe teñirla de jugosas anécdotas que prestan al diálogo vivacidad y temple. De esos labios he oído el desgranarse fácil de sus amores por el Gimnasio Moderno. Vibra allí una nota sentida que se quiebra y acongoja cuando modula despedidas al hogar de su instrucción y se percibe el contento al recordar el agasajo de que, en homenaje final a sus maestros, hizo parte. Me atosiga entonces la pregunta que el día de cierre de clases me oprimiera: ¿Por qué los rosaristas profesamos tan atenuado afecto al claustro?...

Devolvámosle ahora sí al Aula Máxima su arrebatado esplendor; restituyámosle nuevamente su concurso y restablezcamos en su seno esa riqueza de aplausos que hace un momento cundía. Se ha sucedido un acto que, en intensidad y resonancia, parte y se iguala con el de la clausura de estudios: diez Colegiales y los Superiores todos, reunidos en concurso especial, han elegido, por unánime consentimiento, al doctor Esteban Jara-



millio para Consiliario del plantel. En la escogencia era segura aquella concordancia: la dignidad del puesto y los intereses mismos del Colegio no pedían más acertado nombre que el lanzado.

Encarna el doctor Jaramillo virtudes y méritos que le timbran de excepcional y notable. Nimbale una aureola de respetos y sus talentos le procuran dominio y soberanía. Escribir esto es transitar por conocidas verdades. Al celebrar la elección del ilustre hombre público, bástenos sólo refrescar para la gratitud rosarista la memoria de haber sido el Mayor la cátedra primera que del fino Hacendista conoció en su ramo la República. Y, si ello fuere poco, acúdanos de motivo su cincelada oración sobre el féretro de Monseñor Carrasquilla en la que don Esteban vertió, profusa, la savia de su devoción por el Instituto. Eco y prefacio de tanta ternura fueron y lo serán sin descanso las eficaces intervenciones que, en defensa y servicio del Rosario, ha tenido el nuevo Consiliario.

Para terminar, ábrole paso al desfile de mozos jurisconsultos que avanzan, llenos de lauros, camino del Paraninfo. Entre ellos vienes tú, diminuto y socarrón, ejercitando, como de costumbre, el juego de tus sonrisas. ¡Sois los veteranos del Rosario y os aprestáis a coronar con el título vuestras faenas y desvelos!

Atareado como le observábamos, suponía yo a Efraím Caballero en premuras para el postrer certamen y catalogado le tenía como el primer doctor de tu grupo. Su insólita aplicación poníale, desde el clarear del alba, sobre los textos. Nadie le molestaba pues, señudo y áspero a todo instante, cerraba el acceso al más confianzudo importuno. Con eso y todo, Marcos Monsalve le tomó la delantera y ¡qué bien lo hizo! En serena disertación, ufana de ciencia y galanura, expuso y sostuvo jugosas doctrinas sobre "la buena fe". Sus razonamientos sorprendieron al jurado y, hombres doctos y de mucha penetración los que lo formaban, laurearon la tesis y la coronaron de merecidos elogios.

Acreeador es el amigo a esos gloriosos resultados. En medio a sus victorias, vayan nuestras alabanzas a su probado talento, a sus magníficas condiciones de estudiante, a sus dotes de gran señor, a sus galardonados distintivos de buen rosarista.

Y seguiréis los demás tras los pasos de Marcos Monsalve. Dados vuestra preparación y el lustre de vuestras prendas intelectuales, está en derecho el Colegio de esperar de todos espléndidos galardones. Mucho podrá en honor a tales promesas el pundonor personal y el respeto colectivo por las glorias del claustro.

Con lujo de aticismo y sonora propiedad del motivo oigo ya a Francisco Rueda disertar sobre legislación comparada. Por sus hombros preciso también la toga del éxito que arroja cariñoso los confines todos de su linajuda progenie.

Julio Flórez, tras de cosechar enseñanzas en el pequeño reino de la municipal judicatura, planteará, con su enfadoso dejo de antioqueño caldense, problemas sociales de inmediata urgencia y lastimosas cuestiones a favor del desamparado proletario. En Flórez se conjugan sólido espíritu de estudio y acudado poder de discernimiento.

Luis Corral, dogmático y alharaquiento, asentará irrebatibles afirmaciones sobre Derecho Administrativo. Su tesis será acalorada y las ovaciones para ella rotundas y prolongadas.

Meses de sosiego en tensanos predios habrán despertado en César Nates amores desconocidos por la propiedad y el latifundio. Colérico de argumentos, se presentará a su jurado a estigmatizar y demoler el nuevo régimen de tierras. No le irá en zaga Euclides Murcia, quien en estudiado discurso aparejará pruebas para combatir al comunismo. Buen efecto causará la exposición, que con el tema se aviene su quijarudo rostro, digno de un "duce" criollo, de estos de modernísima factura.

Y entre tanto ¿en qué trabaja Ernesto Ospina Rodríguez?... Desde sus dominios boyacenses, dulcemente, plácidamente, se amaestra y ensaya en épicas escuelas para plasmar y presentar en su examen de grado una patria nueva, restallante de regímenes fuertes.

Humberto Ardila se prepara por otro lado. Las ancianas ceibas de la plaza de Villeta resucitan sus fenecidos amores por los ensueños de clérigo mocetón y, poseído de piadosos entusiasmos, ensaya su tesis sobre canónicos preceptos.

No así Ladrón de Guevara. Como hombre resuelto y de copioso lirismo, sale de brazo con el Derecho Penal, se enfrenta a los cobardes seductores y pide para ellos el grillete cerrado de la pública execración.

Ante aquel arsenal de asuntos, tú haces guardia y meditas. Rebuscas en tu incomprensible fantasía materia singular sobre la que nunca hayan parado mientes los siglos.

Mientras ella te aparezca y el Aula Máxima nos convoque a tus triunfos, te abraza tu afmo. amigo,

ALFREDO DELGADO PLAZA.